

# UNA PROPUESTA DE RENOVACION DEL VATICANO DESDE NORTEAMERICA

J. JAVIER GOMEZ DIEZ  
*Facultad de Filosofía y Letras. UPCO (Madrid)*

THOMAS J. REESE, *Inside the Vatican. The Politics and Organizations of the Catholic Church*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, London, England 1996, 317 pp., ISBN 0-674-93260-9.

Thomas J. Reese, después de publicar *Archbishop: Inside the Power Structure of the American Catholic Church* (1989) y *A Flock of Shepherds: The National Conference of Catholic Bishops* (1992), culmina, con *Inside the Vatican*, su análisis del gobierno y la política de la Iglesia católica. Intenta superar el error más habitual de este tipo de obras: confundir al papa con un jefe político y a la iglesia con una fundación humanitaria o una simple institución de poder. Afirma, pues, que el cristianismo ha sido, a lo largo de la historia, una comunidad de creyentes, de impacto profundo y duradero, organizada como iglesia, para satisfacer necesidades religiosas y sociales. Esta iglesia es una organización jerárquica, constituida por diócesis, unidas entre sí y a la diócesis romana que preside el papa, a un tiempo, obispo de Roma y primado de los obispos de Italia, soberano absoluto del Estado del Vaticano y, como sucesor de san Pedro, cabeza del colegio episcopal y de la Iglesia universal.

A partir de aquí y aceptando, como se observa a lo largo del libro, la profundidad religiosa de esta comunidad, pretende estudiar la organización y funcionamiento de la iglesia romana y su influencia en el mundo. La complejidad de este esfuerzo surge de la misma reserva romana, del hecho de tratarse de una institución distinta a cualquier otra y de que toda ella cambia permanentemente como consecuencia de su propia vitalidad. Si toda organización es un sistema de hombres, recursos y tecnología para alcanzar, con unas estructuras y unos procedimientos, diversos objetivos en un medio ambiente dado; la peculiaridad de ésta nace de ser una organización sin par, con pretensiones espirituales y seculares a nivel mundial, donde el papa juega varios papeles en orden al cumplimiento de esos fines. De este modo, Reese estudia estructuras, procedimientos, gentes, objetivos, recursos y ambientes.

*Inside the Vatican* es un análisis politológico. No se trata, señala el propio autor, de un libro de historia. Pretende utilizar la historia, el derecho canónico y la teología, para explicar cómo y por qué el Vaticano actúa como lo hace. No obstante, las interesantes observaciones sobre las transformaciones experimentadas por la Iglesia, sólo sirven para poner de manifiesto el cambio y relativizar el valor de estructuras, normas, costumbres y políticas actuales, pero, en ningún modo, para comprender el origen de estas realidades, con mucha razón relativizadas. Así, por ejemplo, resulta incomprensible la política de Juan Pablo II, por no relacionarla con el pontificado de Pablo VI.

Además, la perspectiva estadounidense del libro oscurece otras cuestiones. Al señalar, por ejemplo, el fortalecimiento del poder del papa sobre la iglesia universal en el siglo XIX, se olvida el papel desempeñado por las necesidades de defensa frente a la intransigencia y las persecuciones liberales, necesidades defensivas que sólo se apuntan al hablar de comunistas y fascistas, ya en el XX. La misma actitud se refleja en las opiniones plagadas de tópicos sobre Italia y los italianos, en los problemas planteados, centrados casi siempre en preocupaciones de la iglesia de EE.UU., en el hecho de que la inmensa mayoría de sus informadores sean estadounidenses o en su obsesión por tomar como modelo para la iglesia los sistemas políticos seculares. Pretende estudiar el impacto de la Santa Sede sobre las iglesias locales, las instituciones seculares y las otras iglesias, pero, en definitiva, identifica todas estas realidades, casi exclusivamente, con las estadounidenses.

El trabajo, que, de todos modos, es muy valioso, al tiempo que propone algunas reformas y muestra la organización probable de la iglesia en el siglo XXI, se estructura en torno a tres grandes temas: 1) El papa, obispo de Roma, soberano civil y cabeza del colegio episcopal. 2) Los órganos colegiales de la iglesia: el concilio, las conferencias episcopales, el sínodo de los obispos y el colegio de cardenales. 3) La curia romana como instrumento de gobierno al servicio del papa.

Como obispo de Roma, una diócesis como otras tantas, el papa debe atender a más de dos millones de católicos, y enfrentarse, igual que otros obispos occidentales, a la indiferencia religiosa, el anticlericalismo o la carestía de vocaciones. Destaca Reese que, pese a sus otras ocupaciones, Juan Pablo II ha prestado personalmente más atención a su diócesis que muchos de sus predecesores italianos, continuando, en lo posible, la actividad desarrollada en Polonia; ha ejercido, como Primado de Italia, mucha mayor influencia sobre la iglesia italiana que sobre la de otros países, superando ampliamente las competencias que se considerarían apropiadas para cualquier primado, y, en otro orden de cosas, se ha inmiscuido mucho menos en la política italiana que sus predecesores.

Aunque Reese analiza detenidamente éstas y otras muchas cuestiones, el tema principal de su obra es, sin duda, otro: las relaciones del papa con el colegio episcopal y el equilibrio, más fácil de establecer en teoría que en la práctica, entre el primado romano y el colegio episcopal. Como el colegio es capital para conseguir que las decisiones tomadas al más alto nivel tengan los efectos deseados sobre las iglesias locales; al tiempo que reconoce el papel desempeñado por el papado como garante de la unidad de la iglesia y de su independencia con respecto a los poderes civiles, Reese defiende ampliar la intervención de las iglesias locales en el gobierno de la universal, para evitar que una centralización excesiva paralice la creatividad local y haga imposible al episcopado —responsable, en conjunto, de la iglesia entera— responder a las necesidades de sus iglesias.

Analiza pormenorizadamente los órganos colegiales de la iglesia, sus estructuras, su funcionamiento, sus deficiencias y los límites de su independencia, estrechamente vigilada por Roma; plantea problemas y propone reformas, no siempre originales,

factibles, en unas ocasiones, y, en otras, irrealizables o de inmensa complejidad (reunir un concilio ecuménico cada veinticinco años, para involucrarlo en el gobierno de la iglesia), y reconoce que, pese a sus limitaciones, el principal valor de estas reuniones episcopales ha sido estrechar las relaciones y compartir experiencias, fortaleciendo los lazos de unidad y asumiendo las diferencias locales.

Reese estudia con detalle al colegio de cardenales, y esto pese a defender con insistencia la reducción de sus funciones (cree que los consistorios entran en conflicto con el sínodo y propone que éste sustituya al cónclave en la elección del papa). Quizá uno de sus análisis más sugerentes sea el de la elección papal: sin eludir riesgos ni problemas, estudia la necesidad de establecer un procedimiento para cesar a un papa que, por enfermedad, sea manifiestamente incapaz; expone, siguiendo de cerca la *Universi Dominici Gregis*, los procedimientos electorales; plantea el problema de la reforma electoral de 1996, que, permitiendo, después de treinta votaciones infructuosas, a la mitad más uno de los electores renunciar al sistema de elección por dos tercios y dar paso a una elección por mayoría simple, puede eliminar los incentivos para elegir candidatos de compromiso; por último, estudia como pueden influir en el ánimo de los cardenales diversos factores: los idiomas que domine el candidato, su edad, su capacidad para enfrentarse al público y a los medios de comunicación, su conocimiento de la curia y su experiencia como obispo residente, su nacionalidad y las semejanzas y diferencias con su predecesor, donde, con el consenso general en cuestiones doctrinales, los cardenales consideran cuestiones de estilo y personalidad.

Continúa Reese adentrándose en el complejo mundo de la curia, de la que ofrece un análisis detallado. Buscando ser imparcial, sustituye con frecuencia sus opiniones por las de los miembros de la curia y sus rivales. Al mismo tiempo, defiende una reforma que debilite el fuerte centralismo y potencie la colegialidad y el papel de las iglesias locales. Propone que los dicasterios no sean órganos de decisión sino de supervisión, formados por personas ajenas a la curia; excluir a los miembros de la curia del sínodo para reforzar la representación de las iglesias locales, pudiendo permanecer los curiales en calidad de observadores; que los responsables de la curia no sean obispos ni cardenales, para reforzar una imagen de instrumento al servicio del papa, distinto al magisterio. No faltan las críticas: su estructura cortesana, la ambigüedad que domina en su comunicación y la necesidad de leer entre líneas, su inmovilismo; ni, por supuesto, los elogios, sobre todo, a su rendimiento.

Estudia, por último, el control y la influencia que el papa ejerce sobre el conjunto de la iglesia y sobre el mundo. En la elección de los obispos, que en este sentido es básica, Reese aboga, otra vez, por potenciar la intervención de las iglesias locales. Sólo el *Código* de 1917 reservó la designación de obispos al Papa, y se hizo en una situación muy distinta a la actual. Puede ser el momento de iniciar una reforma que, de algún modo, tenga en cuenta la sentencia de san León Magno: «Quien debe estar a la cabeza de todos ha de ser elegido por todos.» Hay que dar la razón a Reese cuando dice que si Roma no puede confiar en las iglesias locales, la situación es muy seria.

Las opiniones más críticas surgen al analizar las relaciones de Roma con los teólogos, donde el reconocimiento por la mayoría del derecho del Vaticano para corregir y condenar errores, no ha evitado las agrias tensiones entre Roma y amplios sectores de la comunidad teológica. Muy probablemente la política vaticana haya alejado a muchos teólogos de temas controvertidos, y, por lo mismo, necesitados de estudio, y, en vez de silenciar los problemas, haya multiplicado, las reacciones violentas de otros. Sobre este tema, el análisis de Reese es muy insatisfactorio, se limita, casi por completo, a recoger las críticas de unos y la argumentación contraria del cardenal Ratzinger, y, así, ni busca las raíces de los problemas ni llega a explicarlos. No ha con-

siderado el problema durante el pontificado de Pablo VI y sólo cita de pasada, y en otra parte de su obra, la muy significativa reacción ante la *Humanae Vitae*, mucho más importante para entender el comportamiento de Roma en los últimos años que la tesis de H. Häring, sobre el influjo de la rebelión estudiantil del 68 sobre Ratzinger. Este puede ser, en mi opinión, un claro ejemplo de los límites que la falta de un auténtico análisis histórico ha provocado en la obra de Reese.

Junto a todo esto, los temas analizados se multiplican: el Código de Derecho Canónico; la internacionalización de la Curia y del colegio episcopal; las finanzas vaticanas; el papel de múltiples individualidades: secretarios de Estado, sustitutos, el secretario privado de papa o el mismo papa; las visitas *ad limina*; la acción de la iglesia ante el comunismo, los derechos humanos, las guerras, los refugiados o la familia; etc. Queda también planteado el debate sobre cuál sería la respuesta de los sectores más alejados de la iglesia católica, en el caso de que ésta se abriera a sus exigencias.

Concluyendo, puede afirmarse que, junto a una multitud de detalles, aparentemente secundarios, que confieren a la obra una imagen viva, colorista y amena, y a su tendencia a mantener el equilibrio ante los grandes problemas, dando la palabra a los protagonistas de diversas opiniones; desarrolla una crítica, en ocasiones dura, pero respetuosa y sutil, que no le impide reconocer muchos aciertos y manifestar muchas coincidencias y motivos de simpatía hacia las personas más diversas, dejando planteados problemas de innegable interés para el futuro de la iglesia.—FRANCISCO JAVIER GÓMEZ DÍEZ.